

Nicole Dron

45 SEGUNDOS DE ETERNIDAD

Mis recuerdos del más allá

Isthar  Luna-Sol

Nicole Dron

45

**SEGUNDOS
DE ETERNIDAD**

Mis recuerdos del más allá

EDICIONES

Isthar



Luna-Sol

«Libros, cursos y eventos con Estrella»

Ediciones Isthara Luna-Sol

www.istharlunasol.com

info@istharlunasol.com

Título original: 45 secondes d'éternité

© **Autora:** Nicole Drone

© **Traducción:** Ana Belén Amado Chacón

Corrección: Ricardo de Pablo Bercial

Diseño cubierta: Vídhara

Maquetación: Antonio García Tomé

Primera edición: marzo 2021

© **Ediciones Kymzo**

© **Ediciones Isthara Luna-Sol**

Calle Arganda, 29

28005 - Madrid (España)

ISBN: 978-84-17230-74-6

Depósito legal: M-2834-2021

Impreso en Cofas (España)

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser reproducido, íntegra o parcialmente, por cualquier medio mecánico, electrónico o químico ya existente o de futura introducción, incluidas fotocopias, adaptaciones para radio, televisión, internet o webTV, sin la autorización escrita del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Dedico este libro:

*A la Luz del mundo y a todos los Sere
que trabajan para Ella,
en quienes me inspiré y apoyé.*

Con infinito respeto, amor y gratitud.

*A la memoria de mis queridos padres,
por su bondad, su rectitud, su deseo de la
felicidad y su amor, que calentó mi vida,*

*A la memoria de mis hermanos Pierre y Michel,
que ya se han ido,
pero que todavía siguen presentes.*

*A mis suegros y a Jacques, su hijo,
y a todos los miembros de nuestras familias.
Gracias por vuestra ternura.*

A mi padrino de gran corazón.

*A nuestro amigo Claude,
que dejó una luz radiante en nuestras vidas,*

*¡que todo el amor, el afecto y las cosas valiosas
que me has dado te sean devueltas!*

Nota editorial

En sus recuerdos del más allá, Nicole Dron nos relata que durante su experiencia cercana a la muerte, que duró 45 segundos, una voz plena y bella le planteó estas preguntas:

«¿Cómo amabas?»

«¿Qué hacías por los demás estando en la Tierra?»

Aquel 10 de enero de 1968, cuando una gran hemorragia la llevó de urgencia al quirófano, la autora, que acababa de dar a luz, al sentirse catapultada hacia una luz intensa y brillante, enseguida se dio cuenta que estaba «muerta» y a la vez más viva que nunca.

Este libro describe con todo lujo de detalles la visita de la autora a otro plano, primero un abismo de oscuridad y de silencio, luego un jardín de amor resplandeciente y paz infinita, sin tiempo ni cargas.

«La Luz era espléndida, maravillosa, viva, radiante, de una pureza increíble. Era un océano de Amor, pero puro Amor, uno que se ofrece y no pide nada, un Amor de Sol, y yo..., yo era Amor. Estaba totalmente inmersa en un océano de Amor».

Gracias a este relato, gracias a nuestra capacidad de meternos en la piel de Nicole, podremos tener un atisbo, aunque sea solo por un momento, de la gloria que nos espera tras la vida. La muerte vista como un lugar donde no hay miseria, ni violencia, ni guerra, ni conflictos, solo Amor.

«En esta plenitud e inmensa paz comprendí el significado de las palabras *Yo soy*. Es como si, siendo yo, me convirtiera en todo y encontrara mi verdadera naturaleza. Había encontrado mi hogar de nuevo. Me había convertido en Amor y era Vida».

Parece increíble que en tan solo 45 segundos se pueda vivir una experiencia tan impactante y desgarradora, reencontrarse con los seres queridos y alcanzar una comprensión de la vida y de la muerte tan completa. Solo podemos estar agradecidos con Nicole Dron por haber escrito este libro y por haber querido compartir sus 45 segundos de eternidad con todos nosotros.

¡Gracias!

Desde Ediciones Isthar Luna-Sol
queremos hacer un
agradecimiento especial

Al amoroso y desinteresado corazón
de *Victoria Gómez-Trénor*,
que depositó toda su confianza
en nosotros para que esta obra
pudiera ser publicada.

Índice

Agradecimientos.....	13
Introducción.....	17
Prefacio	27
Capítulo 1. El tiempo de mi infancia.....	31
Capítulo 2. Mis abuelos.....	43
Capítulo 3. Tu partida	53
Capítulo 4. Un tiempo más tarde.....	61
Capítulo 5. La experiencia eterna	71
Capítulo 6. Cuando se regresa del gran viaje	151
Capítulo 7. El tiempo de mayor sufrimiento.....	237
Capítulo 8. Maná celestial	277
Capítulo 9. No existe nada más bello.....	289
Capítulo 10. Mi experiencia contada por familia.....	317
Agradecimientos finales.....	335
Declaración conjunta de los oradores presentes en el Congreso de Martigues	339
Posdata.....	343
Bibliografía	347

Agradecimientos

Te doy las gracias en particular a ti, Michel, mi marido, que, en las sombras y durante tantos años, me has acompañado en este camino.

Esta experiencia sacudió tu vida, te sacudió en todos los niveles de tu ser, perturbó tu vida cotidiana y tu paz mental, pero supiste escuchar el sufrimiento humano y privilegiar los impulsos de tu corazón en detrimento de tu comodidad y tranquilidad. Aceptaste mis viajes para compartir esta experiencia, así como las muchas llamadas telefónicas, a veces tardías, de personas en apuros. Abriste tu corazón y nuestro hogar a los que sufrían. Escuchaste muchas confidencias y compartiste muchos sufrimientos. Me preparaste las comidas para que pudiera dedicarme a escribir este libro; y si a veces te conviertes en Cerbero para proteger mi tranquilidad, sé que es por mi propio bien, y te perdono.

Pero, sobre todo, comprendiste, con el tiempo, que ya no tenía la misma visión de la vida, que ya no podía vivir como antes, y supiste integrar todas las repercusiones de esta experiencia en tu vida, en nuestras vidas.

Como resultado, esta experiencia se convirtió en nuestra, así como en un camino de «crecimiento espiritual» para ambos. Mientras escribo estas líneas, me doy cuenta de lo difícil que debe haber sido este proceso para ti, que no tuviste esta experiencia, y cuánto me amas.

Necesitas saber que has resucitado nuestras vidas. Gracias a ti, han podido desarrollarse en su verdadera dimensión. Les diste significado, un propósito, un sabor, el sabor del don. Me has permitido vivir con lo que es esencial para mí. Nunca podré agradecerte lo suficiente esto, tu comprensión, sentido común y apoyo inquebrantable.

Eres mi fuerza, mucho más de lo que puedas imaginar.

Gracias, mis queridos hijos, gracias por ser lo que sois —verdaderos, leales, honestos, sencillos— y gracias sobre todo por creer en mí, especialmente en el momento en que esta experiencia se convirtió en una burla. Habéis sido testigos de mis alegrías, pero también de mis penas, y a veces os habéis visto afectados por ellas. Pero habéis hecho que mi vida cantase, magníficamente, en todas sus dimensiones, y la melodía continúa gracias al amor de mis nietos. Vosotros sois mi sol y mi alegría. Gracias, tesoros míos, os quiero mucho.

Desde el fondo de mi corazón, gracias también a vosotros, hijastros míos, por aceptar mi *originalidad*, por vuestro ánimo, afecto y apoyo. Esto es muy valioso para mí y, si la vida se llevó a alguno de vosotros, no olvido los momentos que compartimos.

Gracias, Clément, Jonathan, Guillaume y Luca, mis queridos nietos. ¡Me aportáis tanta felicidad, tanta vida, tanta alegría! ¡Que vuestras almas permanezcan siempre tan bellas, tan frescas!, y que recibáis protección y fuerza para caminar por los caminos de la vida. Besos, queridos míos.

A vosotros, hermanos míos, y a todos los miembros de mi familia, gracias por existir, por caminar a mi lado, por haber tenido la grandísima paciencia de escucharme. Sois mis raíces y sé que siempre podré contar con vosotros. ¡Es maravilloso formar parte de una familia!

Os quiero.

Introducción

La emoción más hermosa y profunda que podemos experimentar es la sensación de lo místico. Es el legado de toda ciencia verdadera. Aquel al que su emoción le es conocida, que ya no se cuestiona ni está en estática reverencia, vale tanto como si estuviera muerto. Tener el conocimiento y el sentimiento de que lo que es impenetrable para nosotros realmente existe, que se manifiesta en la suprema sabiduría y en la más radiante belleza que nuestras torpes facultades solo pueden comprender en sus formas más primitivas, está en el centro de toda verdadera religiosidad.

Albert Einstein

Si decidí escribir este libro es para responder a vuestro deseo, mis numerosos amigos, que, después de escuchar el relato de la experiencia que me ha tocado vivir (ECM)¹, lleváis tanto tiempo pidiéndome que lo relatara.

.....

1 ECM: experiencia cercana a la muerte.

NDE: *near death experience*, expresión empleada en EE. UU., comúnmente utilizada desde el principio del reconocimiento del fenómeno.

Y, sobre todo, para confiar a los futuros lectores lo que considero más importante de esta experiencia: **su dimensión espiritual**. Esta dimensión, por supuesto, ha sido evocada en todos los estudios realizados sobre las ECM, pero, antes de entrar en el reino de la conciencia, era necesario pasar por los pasos inevitables relativos al estudio de los hechos clínicos, farmacéuticos, psicológicos o de otro tipo que pudieran conducir a tal experiencia. Durante este tiempo, las pruebas concretas han sido principalmente el elemento preferente y esencial para la credibilidad. Así es, era necesario y rindo homenaje a todas las asociaciones (IANDS, CEEMI, ONDES, NOËSIS de Ginebra, NOTRE EXPERIENCE)² que han contribuido, cada una a su manera, con su seriedad y rigor, al reconocimiento de esta experiencia y a su estudio en los medios científicos y médicos.

Pero, durante este tiempo, la dimensión espiritual de la ECM (para facilitar la referencia, llamémosla así) ha sido, en mi opinión, un poco encubierta. Los tiempos no han sido favorables para su estudio. Por el contrario, los aspectos no ortodoxos de la experiencia corrían el riesgo de desacreditarla tanto en los medios

.....
2 IANDS Francia. Asociación francesa para el estudio de los estados cercanos a la muerte.

Presidente Evelyne- Sarah Mercier. Página web: www.iands-France.org

CEEMI: Centro para el Estudio de las Experiencias Cercanas a la Muerte.

Presidente: Marc-Alain Descamps. Página web: www.europsy.org/ceemi

NOËSIS: Centro de Estudios Noéticos, dedicado a las experiencias de la muerte inminente y a cualquier otra experiencia relacionada con un estado alterado de conciencia. Presidente: Sylvie Dethiollaz. Correo electrónico: contact@noesis.ch.

de comunicación (que no dudaron en hacerlo) como en los círculos científicos y religiosos. Nosotros los investigadores y los *experimentadores* (un término comúnmente usado para describir a las personas que han tenido la experiencia) sentimos que esto era algo bueno, y nos mantuvimos relativamente cautelosos mientras tanto.

Fue una larga espera para todos nosotros, mis hermanos y hermanas del alma (no creo que les importe que hable en su nombre). Sin duda ha sido una larga espera para los buscadores sinceros y de mente abierta.

Para mí, pareció durar cien años. Comprendo la precaución científica, pero ¿cuándo íbamos a llegar a las puertas de la conciencia? ¿Cuándo íbamos a superar la necesidad de pruebas contundentes? Una etapa de transición que, estoy de acuerdo, satisface la razón y sacude las convicciones cartesianas, pero que está tan lejos de la verdadera investigación, de la investigación **esencial, la investigación que toca la esencia de nuestro ser y del mundo.**

¿Cuándo íbamos a reflexionar sobre la realidad que me tocó vivir durante esta experiencia estrepitosa, una realidad que me hizo llegar hacia lo sagrado de la vida, la belleza de la vida y la unidad de la vida, que me llevó hacia mi propio corazón, en un oasis de plenitud, libertad y paz que ninguna mente humana puede concebir y que ahora sé que es la esencia de mi ser? Viví un momento de la eternidad y nunca lo

olvidaré. En la luz sublime, me di cuenta de que era eterna y de que solo hay vida. Es muy difícil traducir en palabras un estado que **no ha sido demostrado, pero sí experimentado**.

Es esta la realidad a la que la mayoría de los experimentadores se han acercado, en diversos grados, durante su «viaje». Ha tocado todos los aspectos de su ser y les ha dado la certeza de que la muerte no existe. Esta realidad es la que dio sentido a sus vidas.

Quiero que comprendáis, queridos amigos lectores, lo importante que es esta dimensión de la experiencia, crucial para nosotros y, espero, para vosotros. Ella es el corazón de todo esto. Nos revela nuestra verdadera dimensión, nos revela la nobleza del ser humano.

Por esta razón, todos los experimentadores que estuvieron presentes en el famoso congreso del Primer Encuentro Internacional de Experiencias Cercanas a la Muerte, un evento excepcional organizado por Sonia Barkallah³ y celebrado el 17 de junio de 2006 en Martigues (Francia), ante un público de más de dos mil personas, nos sentimos abrumados, felices y ligeros, como si estuviéramos en una pequeña nube.

3 Sonia Barkallah, periodista, documentalista, organizadora del Primer Encuentro Internacional sobre la Experiencia Cercana a la Muerte, celebrado el 17 de junio de 2006 en Martigues. Fundadora y directora de S17 Production, una empresa de producción audiovisual y de eventos que produce actos y artículos de información sobre las ECM, los estados alterados de conciencia y los cuidados paliativos. Página web: www.s17production.com.

Por supuesto, estuvo presente Raymond Moody⁴, con su maravillosa sencillez. Además, por primera vez escuchamos, de boca de eminentes y valientes expertos internacionales que han estado haciendo un balance de estas experiencias durante los últimos treinta años, que: **«La conciencia no es un producto del cerebro, sino algo que puede ser desvinculado del cuerpo humano. Y hay una continuidad de la conciencia, independiente de la función cerebral, durante estas experiencias cercanas a la muerte».**

Esta conciencia seguirá existiendo en otra dimensión después de la muerte clínica, dice el cardiólogo holandés Pim van Lommel, autor del estudio *Experiencia cercana a la muerte después de un paro cardíaco*, un estudio publicado en la revista médica *The Lancet* el 15 de diciembre de 2001, donde concluía: **«en la muerte final del cuerpo, cuando solo quede materia muerta, podremos estar en contacto con esta parte eterna e indestructible de la conciencia cósmica».**

Era magnífico. Estas pocas frases justificaban todos estos años de incredulidad, gratificados por pequeñas sonrisas irónicas, palabras condescendientes, sufrimientos secretos. Este congreso abrió vastos horizontes sobre las dimensiones reales del ser humano y sobre su propósito.

.....
4 Raymond Moody (EE. UU.): psiquiatra, doctor en Filosofía, autor de *La Vie après la vie*, publicado por Éditions Robert Laffont, 1977.

Hoy me doy cuenta de lo profunda y poderosa que fue la huella de esta experiencia, tan profunda y poderosa, para la mayoría de nosotros, que barrió nuestras aprehensiones, nuestros miedos, y nos permitió superar los obstáculos para ser fieles a ella, a pesar de las dificultades y las heridas del alma.

«El hombre es un ser espiritual que habita en un cuerpo», añadió Mario Beauregard, un neurocientífico canadiense especializado en estados místicos profundos.

Sí, fue un día hermoso, uno de esos días que marcan una vida para siempre y cuyos efectos son incontables.

Gracias, Sonia, por arriesgarte y atreverte a organizar esta reunión, gracias en nombre de todos nosotros. Tengo un pensamiento especial para tu madre, que respondió financieramente por ti al contratar un seguro de vida para que pudieras celebrar un congreso sobre la muerte. Lo que has hecho es fantástico.

Mi gratitud a todas las asociaciones ya mencionadas, el trabajo que han realizado durante tantos años ha preparado esta reunión y esta inauguración. Es un trabajo colectivo, o como dijo Victor Hugo:

«Nada es más poderoso que una idea madura».

Y, desde el fondo de mi corazón, gracias a todos los investigadores, científicos y médicos que tienen la humildad de estudiar esta experiencia no solo con inteligencia, rigor y honradez, sino también con un

corazón y una mente abiertos. Leí en alguna parte que es posible que Einstein tuviera la revelación de su famosa fórmula $E = mc^2$ después de un minucioso estudio de la Cábala. Además, ¿no dijo que «la ciencia sin espiritualidad es ciega y la espiritualidad sin la ciencia es patética»? Sigo convencida de que son los científicos de mente abierta quienes reconciliarán la ciencia y el espíritu.

Se me pidió que presentara, durante este coloquio, la parte de mi experiencia relativa a la evaluación de mi vida, lo que hice no sin cierta emoción, porque esta parte me conmueve profundamente. Antes de comenzar, me hubiera gustado saludarlos a todos, a todos los experimentadores presentes en la sala. Sé que éramos muchos, que cada uno de ellos podría haber estado en mi lugar, y sabía muy bien que los representaba a todos. Pero mi tiempo de conversación era limitado y no tenía tiempo. Así que hoy lo hago a través de este libro.

Siento que tengo que escribir esta obra. Todo me empuja y obliga a ello. Todo está encajando en su lugar. Parece que ha llegado el momento y que esta experiencia puede y debe revelarse ahora en todas sus dimensiones, aunque sea algo particular y urgente. Pero tengo miedo. Espero no traicionarlos. Esta experiencia es tan sagrada para mí que me gustaría transmitirla en toda su pureza. Que Dios perdone mis omisiones y transgresiones involuntarias.

No entraré en más detalles de los necesarios sobre las investigaciones médicas y científicas que se han llevado

a cabo en este campo durante treinta años. Ese no es mi punto. Encontraréis, en las notas o al final del libro, en la bibliografía, referencias a obras notables, compuestas por expertos en la materia que podrán, mucho mejor que yo, responder a vuestras legítimas preguntas.

Simplemente os confiaré esta experiencia, y si puede abrazar vuestra alma, si puede susurraros al oído los secretos del Cielo, entonces me sentiré satisfecha.

No tengo nada que ganar, nada que demostrar, nada que defender. No estoy tratando de convencer. Tengo demasiado respeto por las sensibilidades religiosas, filosóficas o de otro tipo de cada cual. No pretendo decir la verdad. Simplemente os ofrezco esta historia como el tesoro de mi vida, como lo máspreciado que tengo en el mundo además de mis seres queridos. Os ofrezco este momento de eternidad que ha puesto mi vida patas arriba y la hará fructífera hasta su último aliento.

Espero encontrar las palabras, y que se impregnen con la fragancia de la experiencia, el aroma de lo eterno. Ni siquiera intentaré escribir una prosa hermosa. Dejaré que los pensamientos vengan a mí, tal como están, sin ninguna pretensión y con todas sus imperfecciones. Siempre he sentido que la esencia de una obra era su aliento, su música. Un libro *canta* y desearía que la melodía de esta obra abriera los corazones.

Ojalá que este libro, más allá de cualquier disputa religiosa, filosófica, política o racial, seque cada lágrima, desmitifique la muerte y haga cantar a la vida.

Al borde de esta prueba, mamá, pienso en ti. Cuando estabas cerca de mí, a menudo te confiaba mis temores cuando tenía que hablar en público.

—¿Cómo voy a encontrar las palabras adecuadas? ¿Y si tengo un lapsus de memoria? Y si, y si...

Siempre, y con gran confianza, me decías:

—**No te preocupes, mi niña, Dios proveerá.**

Confío en que **Dios proveerá.**

Prefacio

i4 5 segundos! Ese es el tiempo que le tomó a Nicole Dron vivir una experiencia que cambió su vida por completo. He tenido la oportunidad de tratar con ella varias veces, de escuchar su testimonio, en conferencias y programas de radio y televisión. Yo misma entrevisté a Nicole como parte de mi documental sobre experiencias cercanas a la muerte. Me sé este testimonio de memoria, y, sin embargo, todavía me conmueve cada vez que lo escucho. Su historia, simple e incansable, desencadena una multitud de emociones fuertes que nos llenan de valor, energía y fuerza para superar las pruebas más difíciles y dolorosas de la vida.

Este testimonio en las fronteras de la muerte es el himno más maravilloso a la vida. A través de esta experiencia se nos transmite un poderoso mensaje humanista que nos reconcilia con los demás y con nosotros mismos. Realmente nos hace querer amar y superarnos, cambiar la forma en que vemos la muerte y, por tanto, la vida.

Al leer este libro, redescubrí facetas aún más conmovedoras de esta experiencia a través de la vida diaria de Nicole, desde su infancia hasta hoy. A lo largo de sus páginas, Nicole nos invita a su vida, como si fuéramos parte de su familia y, al mismo tiempo, como si fuéramos testigos privilegiados.

Tuve la profunda sensación de sentir, por delegación, todas las emociones que experimentó a lo largo de su vida. Reí, lloré y sentí la compasión e incompreensión ante los comportamientos que muchos *experimentadores* comparten.

Solo leyendo esta autobiografía, sobre todo a través del testimonio de su marido Michel y de los hijos de este, he podido medir realmente todas las dificultades y el sufrimiento que Nicole y su familia han encontrado y sentido para integrar tal experiencia y, sobre todo, para intentar compartirla.

Nicole Dron es una persona de gran corazón. Muy entrañable, rezuma sinceridad. Durante muchos años no ha dudado en viajar por toda Francia para compartir su testimonio con el fin de ayudar a los afligidos y también para tranquilizar a todos aquellos que, como ella, han pasado por una experiencia similar. Es cierto que algunos de ellos todavía temen hablar por miedo a ser tomados por unos iluminados.

Cómo no conmoverse ante las fuertes señales que ha recibido a lo largo de su vida, señales que le han demostrado, sin duda, que hay un *después*.

Este libro merece ser ampliamente difundido para permitir que el mayor número posible de personas en apuros, afectadas por la pérdida de un ser querido, recuperen la paz y la esperanza.

No dudo ni un segundo de las positivas consecuencias de la lectura de este libro, que plantea tantas preguntas sobre la vida, la muerte y las razones de nuestra existencia. Al final, logra que consideremos, o incluso que aceptemos, no sé mediante qué magia, la razón de ser de ciertas pruebas que nos ayudan a crecer y nos permiten comprender, a través de ellas, lo que realmente somos.

Gracias a Michel, su marido, y a sus hijos por haber tenido la paciencia y la comprensión que permitieron a Nicole transmitirnos, en las mejores condiciones, y durante tantos años, este testimonio de amor y esperanza. ¡Estoy segura de que seguirá contribuyendo a ayudar a muchas personas que tienen que superar unas pruebas que todos conocemos o conoceremos algún día!

Queridos lectores, la luz está al final de este libro.

Sonia Barkallah, 1 de noviembre de 2009



El tiempo de mi infancia

*Oh, el amor de una madre, amor que nadie olvida,
Un pan maravilloso que un Dios comparte y multiplica,
La mesa siempre servida en la casa paterna;
Cada uno recibe su parte y todos lo reciben todo.*

Victor Hugo

Cuando pienso en mi infancia, mi corazón «sonríe».

Soy la mayor y única hija de una familia de cinco hermanos, y he tenido la suerte, el gran privilegio, de

crecer en una familia que rebosaba de amor y estaba unida. Mis padres se querían mucho, era algo palpable. Eso creó una atmósfera tranquila, alegre y llena de amor, lo que cultivó buena armonía en el hogar.

No estoy idealizando nada, solo narro cómo fue.

Mi padre, oficial de policía, tenía una apariencia elegante que, en parte, le otorgaba presencia, como una autoridad natural. Era alegre, gracioso, bromista (sin ser vulgar). Respiraba la alegría de la vida y también irradiaba fuerza vital, un cierto magnetismo que se sentía en su presencia. Era honrado, íntegro, profundamente humano, y, cuando era necesario, exigente y duro con nosotros, sus hijos.

En definitiva, una mano de hierro en un guante de seda. Nuestros caprichos y enfados no duraban mucho tiempo con él. Ponía todo en su lugar con su firme presencia.

Mi madre era un «hada del hogar», la reina de la escoba y el terror del polvo. Estoy exagerando, pero solo un poco. Es más, papá se burlaba de ella y le decía: «Si te vas antes que yo, pondré una escoba, una fregona y un montón de colada en tu ataúd». Del «Señor Don Limpio», ¡decía ella! Era ama de casa, como la mayoría de las mujeres de aquella época. Me confió, al final de su vida, que a menudo se sentía como si viviera a la sombra de papá, pero, en realidad, era la reina, el «grillo del hogar», y todo giraba en torno a ella. Mamá era una mujer tranquila, muy inteligente, valiente y devota.

Tenía carácter y ciertas cualidades de organización excepcionales que le permitieron crear una hermosa armonía en la casa. Tenía dedos de oro, todo lo sabía hacer.

Debíamos saber hacer de todo, porque, aunque no éramos pobres, tampoco teníamos riqueza en el sentido tradicional de la palabra. Solo contábamos con el honorable salario de mi padre para sostener a toda esta pequeña familia, y era muy importante saber «contar y planificar», como decía mi madre, para gestionar ese salario en beneficio de la familia. Ante todo, la prioridad de mis padres era que estudiáramos. Tras finalizar nuestros estudios, pudieron comprar su casa. ¡Qué alegría para mamá, era su sueño! Pero, mientras tanto, seguía tejiendo nuestros jerséis, confeccionando algunas de nuestras ropas y remendando otras que estaban usadas. No recuerdo haber vestido nunca una prenda con un dobladillo suelto. Aún puedo verla cosiendo durante horas, atenta, con la cabeza inclinada sobre la máquina que tanto le gustaba y cuyo repiqueteo aún puedo oír.

¡Es un sentimiento que no se olvida!

Mi padre era aficionado a la jardinería. Cada noche, al volver del trabajo, se cambiaba, se ponía su mono de trabajo y se iba al jardín. Allí cosechábamos casi todas las verduras que necesitábamos.

Nuestros padres nos querían muchísimo. Sabían usar la severidad y el amor para inculcar la honestidad,

la rectitud, el respeto por los demás, y para darnos valores sólidos. Para ellos, el mayor requisito era el amor. Nos amaron con ese amor que construye, sin ninguna indulgencia ante nuestras faltas. No eran de esos padres que aceptan los errores solo porque los cometan sus hijos; ¡no podíamos contar con ello! Querían que fuéramos tan bellos por dentro como por fuera. Se tomaban muy en serio las normas y hoy me doy cuenta de lo afortunados que fuimos al poder tenerlos como padres: hicieron grandes sacrificios para conseguir llegar a una situación decente y siempre antepusieron nuestra felicidad a la suya.

Aunque no éramos ricos económicamente hablando, poseíamos un tesoro: su amor y el de nuestra familia. Eso valía todo el oro del mundo, pero, nosotros, sus hijos, no éramos conscientes, éramos demasiado jóvenes para entenderlo, y, además, era tan normal para nosotros... Estábamos inmersos en ese amor. Hoy sé que es esta cualidad del amor la que me ha construido, la que me ha dado confianza en la vida, la que me ha enriquecido, y sé que todas las riquezas del mundo, todos esos sucedáneos, no pueden llenar el vacío causado por la falta de amor en el corazón de un niño. La cantidad no puede reemplazar a la calidad. Solo el amor nutre.

Por supuesto, éramos una familia *común y corriente*, con sus alegrías, sus penas, sus dificultades, sus malentendidos y, a veces, sus discusiones. Todo eso forma parte de la vida. Mi padre era inquieto;

«impulsivo», decía mi madre. Como resultado, ella respondía a sus ataques enfurruñándose. En cambio, nosotros, éramos perfectos, aunque siempre estuviéramos haciendo de las nuestras.

Éramos felices.

La vida transcurría con tranquilidad. Tenía tres años cuando nació mi primer hermano pequeño, Roland. Lo recuerdo con claridad. Los partos, en aquella época, se realizaban en casa, y el de mi hermano tuvo lugar en casa de mi abuela materna. Cuando me presentaron a mi hermanito, le dije: «¡Al fin estás aquí, te he esperado tanto tiempo!», lo que hizo reír a todos. Recuerdo que mi abuela lo bañó en una gran palangana de agua hervida tibia (pensé que necesitaba aquel baño) y mi padre le humedeció la boca con unas gotas de champán.

Cuando nació Michel, mi segundo hermano, tenía casi seis años. Quería tomarlo en mis brazos porque ya era *grande*. Me lo confiaron durante unos segundos.

Recuerdo que las Navidades eran sencillas. Adornábamos el árbol y construíamos el pesebre con lo que teníamos: papel, cartón, algodón, colores, personajes que recortábamos. Poníamos todo nuestro corazón en ello.

Lo más hermoso eran los cantos de la misa de medianoche, la majestuosidad del «*Oh Santa Noche*» cuyos acentos se elevaban en volutas bajo la bóveda de

nuestra pequeña iglesia y me hacían temblar de pies a cabeza. El Sagrado se encarnaba... Su Aliento Divino me penetraba... y su Paz extendía su manto por todo el mundo. Mi alma se dilataba. Entonces todavía era joven, pero ya sentía en lo más profundo de mí la magia de esa noche. Y, cuando volvía a casa, la cabeza en las estrellas, el corazón hinchado de fervor, los pies en la nieve, helada y temblorosa, no conocía mejor sensación que esa.

Tan pronto como regresábamos a casa, disfrutábamos de un chocolate caliente y unos gofres que nos esperaban aún calientes. Luego nos íbamos a la cama y esperábamos a que Papá Noel bajara del cielo por la noche y descendiera por la chimenea. Alrededor de esta se encontraban nuestros pequeños zapatos, bien pulcros y alineados. Nuestras cartas ya habían desaparecido de la chimenea, señal de que las había recibido, y nos preguntábamos si habíamos sido lo suficientemente buenos como para merecer nuestros regalos. En aquella época solo recibíamos un regalo por niño, por lo que este se convertía en algo muy esperado que cuidábamos y disfrutábamos mucho.

La simplicidad les daba valor a las cosas.

Aun así, Roland, estabas un poco preocupado el año que fuiste más travieso que de costumbre, cuando escuchaste (de boca de papá) que había vencejos en el saco de Papá Noel. Te asustaste mucho.

Sin ninguna duda, las mejores Navidades eran aquellas en las que mi padre estaba con nosotros y la

familia estaba al completo. No había ningún banquete, ningún gran festín. No necesitábamos nada de eso para ser felices. Simplemente celebrábamos la Navidad. Estábamos juntos y eso era lo importante. A veces, mi padrino, mi tía y mis primos se unían a nosotros. Hablábamos, reíamos, bailábamos, cantábamos todo el repertorio navideño. Qué recuerdos... Y por la noche, en nuestras camas improvisadas (colchones colocados en el suelo), la fiesta continuaba. Los cuatro niños dormíamos en un colchón de matrimonio, dos en la cabeza y dos en los pies. ¡Se suponía que debíamos dormir, pero no parábamos de reír bajo las mantas por las cosquillas que nos hacíamos en los pies!

Mi padre no siempre estaba presente en las fiestas de fin de año. Cuando esto ocurría, mamá se aseguraba de que disfrutáramos de ese día, de que sintiéramos el espíritu navideño, pero nos faltaba alguien y nuestros corazones estaban llenos de tristeza.

Debido a su trabajo, a veces se veía obligado a ausentarse una quincena, un mes o incluso dos, una o dos veces al año. Era un calvario para él, para mi madre y también para nosotros; pero cuando regresaba, ¡qué felicidad! Todavía puedo verlo sentado en una silla, con mi madre en una de sus rodillas. Mis hermanos y yo (éramos tres en ese momento) nos subíamos en la otra y nos colgábamos de su cuello, ¡no tenía escapatoria! «¡Me estáis asfixiando! ¡Ayuda!», gritaba. ¡Qué risa! Eran momentos de felicidad absoluta.

Luego esperábamos nuestros regalos, porque siempre nos traía pequeños regalos de sus viajes. Fingía habernos olvidado, pero sabíamos que no lo había hecho. Sabíamos con certeza que no era así. Siempre he atesorado el librito que me diste, papá, con las páginas plegables que formaban atracciones. Era el no va más en aquella época, ¡y yo estaba tan feliz!

Pero lo que más recuerdo es un juguete: un verdadero tiovivo, un carrusel que le trajiste un tiempo más tarde a nuestro hermano pequeño, Pierre, que entonces tenía seis meses. ¡Era un tiovivo precioso! Tenía unos coloridos caballitos de madera que cabalgaban arriba y abajo, girando alrededor de un eje central, al son de una música diáfana. Pierrot, lleno de asombro, tendía sus gorditos brazos con la esperanza de cogerlos. Se reía a carcajadas, aplaudía alegremente con sus pequeñas manos y todos nos maravillábamos al verle tan contento.

Un recuerdo feliz y conmovedor que vuelve a mi corazón y que, sin embargo, sigue siendo muy doloroso, tan doloroso que, incluso después de todos estos años, hace que se me forme un nudo en la garganta y las lágrimas me nublen los ojos.

Pierre nos dejó un mes después... Mamá puso el pequeño tiovivo a su lado, en su ataúd, con su osito de peluche, su Bambi y otros juguetes, y nunca volvimos a hablar más de ello.

Hablaré de Pierre, mi hermanito, en otro capítulo, pero quisiera expresar un pensamiento: si el recuerdo

de este episodio de mi vida todavía me hace sufrir tanto (57 años después), si la conmoción es todavía tan fuerte que araña mi corazón —*aunque sé que está vivo, porque le vi y pude abrazarlo durante mi ECM*—, entonces, ¿qué hay del sufrimiento y la desesperación de todas esas personas que han perdido a un ser querido y están convencidas de que nunca más lo volverán a ver? ¿Entendéis por qué estoy escribiendo este libro? ¿Creéis que debería guardar para mí esta vivencia?

Regreso a los días felices de mi infancia y pienso en ti, papá.

¿Cómo es que siempre encontrabas la palabra adecuada para hacernos reír? Tenías un gran don para hacer la vida más bella y poseías esa rara cualidad que consistía en evaluar, con una sola mirada, el valor de una persona. ¡Y nunca te equivocabas! Tu discernimiento, perspicacia y humor te convirtieron en una persona muy apreciada y respetada. Eras la mezcla perfecta de fuerza y bondad. «El abuelo es una roca, un roble», me decían mis hijos. «Es indestructible». Y todos nosotros nos refugiábamos bajo tu sombra.

Y tú, mamá, todavía cantabas en aquel entonces. ¡Un verdadero rruiseñor! Tú también te reías, y lo hacías tan de corazón que cuando fuimos al cine a ver la película *Don Camilo*, los vecinos se reían al escucharte reír, ¡y yo me moría de la vergüenza! ¡Me alegraría tanto oírte hoy!

No parabas de reír y cantar a pesar de que en aquella época la vida era difícil. No existían las

comodidades y las ventajas de las que disfrutamos ahora. No había pañales desechables. Pero nunca te escuché quejarte. Antes de que tuvieras tu primera lavadora (de madera), te veía lavando la ropa a mano y escurriendo las sábanas. Tus manos se agrietaban en invierno por el agua fría. Recuerdo la lavadora llena de ropa hirviendo en la hornilla el domingo por la noche y el olor a Persavon.

Sí, la vida era más dura, pero eso no significaba que no hubiera momentos buenos.

¿Recuerdas, papá, cuando querías hacernos una demostración de cómo pulir el suelo recién encerado del comedor? Pusiste ambos pies en las almohadillas de fieltro y empezaste a bailar y a cantar «*C'est la samba brési...lien...*». Y... ¡pum! ¡Un aterrizaje excelente! ¡Cómo te enfadaste y cómo nos reímos!

¿Recuerdas también todas las veces que empujaste la mesa contra la pared de la cocina para montar una pequeña pista de baile? Me enseñaste a bailar las volcadas del tango y nos reíamos a carcajadas cuando mi cabeza golpeaba el suelo. Y el vals girando al revés, a toda velocidad, ¿recuerdas? Cuando le pedías a mamá bailar algunos pasos, era un placer veros. ¡Bailabais tan bien, en perfecta armonía!

Jugabas al fútbol con mis hermanos y hacíais muñecos de nieve. Armabais mucho alboroto, pero cuando decías: «¡De acuerdo, niños, parad!», el juego llegaba a su fin.

Recuerdo la escuela. A diferencia de muchos niños, me gustaba estudiar y aprender. Creo que es porque sentía mucha curiosidad. Recuerdo los premios de fin de año: *Los miserables*, *La cabaña del tío Tom*, *Colmillo Blanco*, *Mujercitas*, etc. Cuando era más joven, me gustaba especialmente *Heidi* y, sobre todo, un párrafo que me conmovió enormemente y que se adentró en mi corazón de manera natural. Las estrofas de este párrafo están escritas en mí con tinta indeleble. Sin embargo, nunca las estudié, simplemente las leí y, hoy, todavía me las sé de memoria.

*Cuando la noche oscura te rodee,
cuando tu corazón lata,
para ti, en algún lugar, Dios está brillando,
síguele sin miedo.
en la pena y la tristeza,
extiende tu mano,
él sabe, en medio de la angustia,
el camino correcto*

Esta Mano, que grabó en mi corazón estas sencillas líneas, sabía lo que hacía. Este poema surgió de las profundidades de mi ser en cada prueba de mi vida, y cada vez que resonaba en mí, mi corazón se dilataba y se tranquilizaba.

Les he leído muchas veces estas líneas a mis hijos, y aún las recuerdan.

Evoco estos recuerdos con mucha ternura y conmoción. Si me detengo un poco en estos recuerdos es para mostraros que tuve una juventud normal, así como para que este libro pueda dejar en los corazones de mis hijos y nietos un retazo del pasado, un rastro de la existencia de los antepasados que tenían o les hubiera gustado tener. Y, sobre todo, me detengo en estos recuerdos porque esa parte de mi vida dejó una profunda huella en mi corazón.



«¿Cómo amabas?»

«¿Qué hacías por los demás estando en la Tierra?»

El testimonio conmovedor, auténtico y sincero de Nicole Dron, una mujer quien vivió la más misteriosa y profunda vivencia que un ser humano puede experimentar: la travesía de las «Puertas de la Muerte». En sus recuerdos del más allá, Nicole Dron nos relata que durante su experiencia de casi muerte que duró 45 segundos, una voz plena y bella le preguntó sobre su capacidad de dar amor en el mundo. Una pregunta que sacudió totalmente su vida.

A los 26 años, durante una intervención quirúrgica, el corazón de Nicole dejó de latir. Todo parecía haber terminado. Sin embargo, solo acababa de comenzar la aventura que cambiaría su vida para siempre. En la Luz, Nicole descubre que es eterna y que sólo hay vida. Saborea una paz y un amor infinitos que jamás podrá olvidar. Con palpable emoción, encuentra a ese joven hermano que perdió a temprana edad y descubre, con inmensa felicidad, que los lazos de amor nunca mueren. Durante estos 45 segundos le son transmitidas inquietantes revelaciones sobre el futuro de la humanidad: sólo la transformación individual y global de la conciencia humana podrán salvar la Tierra.

¿Cómo vives después de una experiencia así?

Un relato fascinante de innegable trasfondo espiritual que nos cuestiona sobre el origen de la conciencia, la multidimensionalidad del ser humano, su finalidad y su lugar en el universo, mientras devuelve al hombre su grandeza y dignidad.

ISBN: 978-84-17230-74-6



9 788417 230746

PVP: 18,95€